

LA ASCESIS DE LA ORACIÓN¹²⁰

Es hermoso ver, hoy en día, que muchos sacerdotes jóvenes y futuros sacerdotes sienten la necesidad de orar y comprenden su porqué. Un intenso deseo apostólico los lleva, ciertamente, a una acción que quiere ser eficaz; desde este punto de vista la oración no les es “natural” en el sentido en que ese vocablo podría designar algo fácil y espontáneo; sin embargo captan su razón de ser. Y esta comprobación compensa la impresión poco atrayente que pueda causar el título de este artículo. ¿Acaso la palabra ascesis no evoca mortificación y sufrimiento? Ahora bien, hay que precisar, desde un comienzo, que la oración, por sí misma, no es una actividad dolorosa; es una actividad dichosa: es fuente de alegría. Y tampoco la ascesis es un rechazo de la felicidad una actitud negativa contra ella. De acuerdo con el primer sentido de su nombre es una lucha que puede ser entusiasta. Es un esfuerzo destinado a vencer una dificultad; conduce a una victoria, es decir, a una plenificación; como toda actividad que tiende al equilibrio supone el dominio de sí mismo. Esto, que se verifica en toda oración, se aplica de una manera especial cuando se trata de la Liturgia de las Horas. Aquí trataremos de ese problema particular que podría formularse al preguntar: ¿De qué ascesis se trata y para qué oración?

1. Aceptar el conceder tiempo a la oración

Esto no es por cierto el aspecto más importante de una ascesis de la oración; sin embargo, es el que será considerado, a veces, de la manera más inmediata, puesto que es necesario ser realista. Ahora bien, prácticamente, para el hombre de hoy, la ascesis de la oración consiste en gran parte en hacer buen uso del tiempo. Todo anda ligero, lo que no es ni un bien ni un mal. En verdad no hay por qué quejarse por eso. Además es preciso tenerlo en cuenta. “Se ha escrito que en el siglo XX el tiempo se ha embalado con los motores. La enfermedad de la edad media era la peste. La del siglo XX es la velocidad”¹²¹. Para llamarla con el nombre que algunos le han dado, es la “automovilidad”: No todos morían, pero todos eran atacados... “Todo se acelera y, en la misma medida, exige más tiempo. Con esta otra exigencia de nuestra época, en la Iglesia y en la sociedad, que es la “sesionidad” o la “reunionidad”, el tiempo necesario para tomar una decisión se alarga. Por otra parte, el efecto de ciertas intenciones destinadas a economizar el tiempo ha sido contrario a lo que se podía prever: “Cada innovación en el dominio de los transportes ha extendido el territorio sobre el que un hombre puede desplazarse; de este modo, hace un siglo, un hombre ponía, digamos, media hora de camino a pie desde su casa al trabajo y actualmente también pone media hora en tranvía o en auto, desde el barrio de su residencia hasta su taller o su escritorio”. Sería inútil recriminar este estado de hecho, es preciso mirarlo de frente con todas sus consecuencias.

El tiempo ganado por el motor puede ser perdido si no es recuperado, rescatado, en cierta forma. Cuanto más se acelera tanto más corremos el riesgo de ser dominados por él: el dominio de sí consiste en manejarlo. Lo que cuenta no es la materialidad del tiempo; es el uso que de él hacemos, el lugar que le concedemos en nuestra psicología. En cualquier parte del mundo en que vivan, todos los hombres tienen veinticuatro horas por día. Pero como dicen los sociólogos, lo que importa es la “disponibilidad” que se tiene de su duración, no es el tiempo considerado objetivamente y en sí mismo. Subjetivamente ¿de qué porción de esta duración dispone cada

¹²⁰ Tradujo: Hna. Josefina Acevedo Sojo, osb. Abadía de Santa Escolástica

¹²¹ PAUL GUT, citado por RUDOLF REZSOHAZY, *Temps social et développement*, Bruxelles 1970. Salvo indicación contraria, en las páginas siguientes, las que están puestas entre comillas son tomadas de esta obra sobre la sociología del tiempo, y particularmente del cap. sobre *La disponibilité*, pp. 121-149.

hombre? La ascesis de la oración es una forma de disponer de él. La forma que reviste depende del tipo de sociedad a la que se pertenece, sea esta “tradicional” es decir regulada por los ritmos de la naturaleza, o por el contrario, “moderna”, industrializada. Hoy en día, casi todas las sociedades están en vía de industrialización¹²².

Según un historiador de los sucesos sociales, el dominio del tiempo fue una de las incumbencias que tuvo el culto. “Generalmente, el primer acto en la disciplina del tiempo, la institución del calendario, es de origen religioso... El ritmo religioso da su cadencia a los trabajos...”.

Tenemos en ello un valor que debemos guardar, pero adaptándolo. Hoy es el trabajo el que fija su cadencia a la vida. Y, hasta tiende, en las sociedades afluentes a convertirse en tiempo libre. En algunos países se propaga la “semana de cuatro días”, y donde “la vida de los trabajadores está más fácilmente centrada en sus actividades libres que sobre su trabajo, donde tienen la tendencia a presentarse como ‘pintor’ o como ‘hincha de fútbol’ más bien que con la etiqueta de su oficio real”¹²³. Es preciso reinsertar un ritmo religioso en este tiempo secularizado, para santificarlo.

“La existencia de un cómputo es, sin duda, índice de una primera voluntad para adueñarse del tiempo”. Conocemos la importancia de las tablas de cómputo y de los calendarios que ocupaban hasta hace poco todavía, las primeras páginas de los libros litúrgicos. “El calendario es un llamado a los deberes”. Ahora bien, al calendario sagrado y colectivo lo ha sustituido la agenda profana y personal: cada uno de nosotros “tiene necesidad de atrapar el tiempo, huidizo, para tomar nota de las obligaciones siempre nuevas y que no son capaces de ser previstas en una frase y que la memoria individual se siente incapaz de retener; la agenda sirve para poner orden en la sucesión de las diligencias, para coordinar las actividades de un hombre con las de los demás. La agenda de bolsillo o de escritorio llega a ser un instrumento indispensable en una sociedad en que los desencuentros de los acontecimientos se complican y en la que el hombre debe recurrir a este auxiliar para poder ubicarse con relación al eje temporal de su comunidad. En una sociedad desarrollada, el dominio del tiempo depende, no de cuadros social-religiosos u otros, sino de la iniciativa personal. Así es como da lugar a nuevas formas de energía: exige voluntad. Hoy, cada uno de nosotros debe decidirse a anotar la oración en su agenda como una cita importante.

“Cuanto más se ha extendido en una sociedad el uso de la agenda tanto más los contactos sociales formales de esa sociedad son numerosos, ‘interpenetrados’ y exigen el dominio del tiempo por iniciativa personal”. Hay “un pasaje del tiempo cualitativo, religioso, al tiempo cuantitativo, laico”, como consecuencia del hecho de que, en una sociedad compleja, el tiempo disponible es limitado. De ahí provienen las experiencias que, en las lenguas europeas expresan la escasez del tiempo: ganar tiempo, perderlo, economizarlo, gastarlo, derrocharlo; matar el tiempo, es decir llenarlo con actividades inútiles y no productivas. El tiempo normal del hombre de hoy es una actividad que consume y produce. El tiempo concedido a la oración es por lo tanto aparentemente un tiempo gratuito, improductivo. Aparentemente, porque, en realidad, es durante ese tiempo cuando se realiza al máximo la conversión del hombre. Esto implica un renunciamiento a ciertas formas de eficacia. La ascesis del tiempo reviste el carácter de un sacrificio: es preciso renunciar a un resultado exterior, a un enriquecimiento momentáneo de cultura intelectual o bien a un rato libre, o a una diversión.

Las mismas exigencias económicas conducen a los hombres de negocios a este dominio del tiempo. Los hombres de Dios, a causa de los motivos de relación con su Creador y su Salvador, ¿no podrían tratar de hacer otro tanto? La ascesis del tiempo será para ellos una forma de

¹²² Sobre este punto, con el título de *Prières des heures et civilisation contemporaine*, en *La Maison-Dieu* 105, pp. 34-45, he dado indicaciones.

¹²³ Según el *Bulletin du Centre d'études des conséquences générales des grandes Techniques Nouvelles* (CTN), 60, 1971, pp. 2, 6 y 10.

pobreza. “Llamamos rico a un hombre que dispone de muchos bienes. El hombre que dispone de mucho tiempo es generalmente un pobre. Parece que en la medida en que un hombre realiza, es decir, cuanto más llena su tiempo, tanto más le falta el tiempo”. El hombre que vive para enriquecerse está muy a menudo poseído por el tiempo, y todos, hoy, en más o en menos, sufrimos esta presión del tiempo: es necesario aceptarlo como uno de los elementos de nuestra condición y sin embargo liberarnos de él; no debemos convertirnos en sus esclavos. El consagrar a la oración el tiempo durante el cual podríamos producir algo, es renunciar a una riqueza, a lo que se podría ganar, a la eficacia de lo que se obtendría o se realizaría durante ese tiempo. Lo que no es posible si no se está convencido del valor de la oración. Los hombres de Dios deben poder dar testimonio de que el Señor del tiempo merece que se lo consagremos. Deben probar, mostrar, que eso es posible. Y este apostolado de la oración supone en ellos la fe en la oración.

La ascesis de la oración es ante todo una ascesis de la inteligencia: incluye una teología sobre el deber de orar. Esta no se refiere solamente a una cierta cantidad de tiempo que se dedicaría a Dios, sino que se refiere también al carácter, la cualidad de ese tiempo dedicado a Dios. En el clima trepidante de la vida moderna, la ascesis de la oración consiste en el esfuerzo exigido para pasar del dominio concreto -el de las preocupaciones tan absorbentes del trabajo técnico, o del estudio científico, o de la actividad pastoral- al de esa invisible realidad: el misterio de Dios. Este “salto” es difícil en la medida en que nuestra oración de hombres no totalmente vivificados por el Espíritu nos impide pensar, continuamente, que vivimos en Jesucristo, en la creación que está en los dolores del parto, en el reino que llega: tal debería ser la actitud del “Orad sin cesar”.

El cristiano es un hombre que se supera a sí mismo, que se renuncia para seguir a Cristo. Este renunciamiento puede realizarse a nivel de la acción: trabajar para el reino; al nivel del despojamiento: usar de las cosas presentes como no usándolas. Pero también debe realizarse en aquella actividad de oración que consiste en estar conscientemente en la presencia de Dios. Estos tres aspectos, estos tres momentos de nuestra superación personal y superación del mundo convergen en la medida en que nuestro grado de interioridad nos permita tomar distancia frente a lo que constantemente amenaza tragarnos, retrasarnos en nuestro impulso hacia Dios. Por lo tanto la oración no es sólo una cantidad de tiempo consagrado a Dios. Es tiempo privilegiado, porque es libre, o, más exactamente, liberado de todo lo que nos aleja de Dios: un tiempo de calma y de retorno a lo esencial, a las exigencias primordiales de nuestra naturaleza de hombres y de nuestra vocación de hijos de Dios. En este sentido, el tiempo de la oración es un “tiempo pleno”; colma una necesidad que es vital para cada uno de nosotros. Cuando se ha comprendido esto y cuando se ha adquirido el gusto de la oración, se logra encontrar tiempo para ella. Encontrar tiempo para una actividad, es empezar a tomarle gusto; el hombre ocupado, quizás sobrecargado, que le ha tomado afición al deporte o al yudo se arregla para encontrar, en sus jornadas, tiempo para satisfacer su gusto; se somete a una técnica, a veces, exigente, fatigosa, con el fin de tener éxito. Si queremos encontrar tiempo para la oración, es necesario tener y cultivar el gusto por Dios.

2. Aceptar ser guiado por la Iglesia

La liturgia de las Horas es una oración que todos reciben de la Iglesia por mediación de su autoridad. Esto implica un doble renunciamiento: a la total independencia y a la forma de oración que cada uno hubiera elegido si ello no hubiera dependido más que de él; pero esto nos abre a una doble expansión: la de nuestra libertad, la de nuestra capacidad para lo universal. La ascesis se dirige primeramente a nuestra espontaneidad. Entre la coacción y el capricho hay lugar para una libertad vigorosa y disciplinada. El papel de la ascesis es precisamente el de educarla para darle esas cualidades; y se ejerce en el dominio de la oración como en, cualquier otro. En efecto, la oración debe ser distendida, libre, y, en este sentido, natural; es en nosotros un clamor del Espíritu Santo más bien que una construcción sabia proveniente de nuestra psicología. Pero esto no excluye un orden, una disciplina, especialmente cuando debemos

cumplir la oración de la Iglesia. Toda oración, por ser en nosotros una actividad del espíritu de Cristo resucitado es *una oración de la Iglesia*: toda oración individual es una oración de Iglesia. La oración es universal porque el que a ella se consagra es católico, unido a los miembros del Cuerpo místico de Cristo. Pero también puede ser universal de otra manera, por el hecho de que aceptamos que está inspirada por la Iglesia en su conjunto y con el apoyo de su autoridad: entonces es oración litúrgica, y admite, como en toda actividad del hombre, y hasta lo exige, que esté sometida a ciertas leyes. Una conversación entre amigos debe ser libre, divertida y espontánea. Pero esto no se produce sino después de un período más o menos largo de entrenamiento para escuchar y hablar, para usar del lenguaje con corrección y cortesía: ejercicios gramaticales, dictados, lecturas fastidiosas, tales son los elementos que liberan la expresividad, permitiendo al hombre el dialogar afectuosamente. La oración tiene pocas probabilidades, de manifestarse benéfica y plenificadora sin un entrenamiento un poco “deportivo”, un hábito del silencio y esa perseverancia que, para cada uno de nosotros, como en el caso del pueblo de Dios, permite atravesar desiertos y cavar pozos.

El deber de orar y de hacerlo según un cierto estilo, no debe ser soportado como una obligación impuesta desde afuera, sin que se conozca el porqué y sin amarlo. La ascesis engendra una inclinación, una disposición habitual a hacer lo que se debe hacer. La “regla”, es decir, la línea de conducta se sitúa a igual distancia de la coerción como de los impulsos anárquicos; no es opresiva sino estimulante. Su finalidad es la de liberar en nosotros al hombre nuevo que es ante todo un hombre de oración que continúa en nosotros el *Abba, Padre* de Jesucristo; es liberarlo de la fuerza de la inercia que el hombre viejo, el del pecado, opone en nosotros, a toda actividad espiritual, incluso la actividad de la oración. Mortificar en nosotros lo que san Pablo llama la carne de pecado es dejarnos vivificar por el Espíritu. La ascesis tiene por objeto, ante todo, el ejercicio de nuestra libertad; su finalidad es la de hacernos capaces de decisiones cristianas y especialmente la de orar. Canaliza nuestras fuerzas y así las acrecienta. Permite una pacificación, una concentración del Espíritu que hacen posible un verdadero encuentro con Dios, una escucha de su palabra, una conversación profunda con él.

Hoy se habla mucho de autenticidad. Sucede que se la confunde con la espontaneidad, como si ésta consistiera en dejarse llevar por los impulsos del subconsciente, por las impresiones y emociones del momento. La libertad es una espontaneidad que ha sido controlada, dominada, conforme a ciertas convicciones que legitiman ese esfuerzo. Por eso, la liturgia de las Horas, tal como nos es propuesta por la Iglesia, puede ofrecer a nuestra espontaneidad debidamente liberada, en el punto de partida, un modelo, un método educativo. Nos enseña a crear de una manera segura y auténtica y a entrar en una oración comunitaria, en la que varias libertades se encuentran, se aceptan y respetan sus diferencias. Nos preserva del peligro del sentimentalismo. Nos propone un cuadro y una ley que a nosotros nos corresponde querer, asumir libremente y hacerlos nuestros. Nos ayuda también a sobreponernos a nuestra pereza. Se dice a veces que uno come cuando tiene hambre y que, del mismo modo, se debería orar cuando uno experimenta la necesidad de hacerlo. Pero al nivel de la fe, las necesidades no se sienten con la misma intensidad que las necesidades fisiológicas. Es necesario aprender a experimentarlas, a discernirlas, y eso, tradicionalmente, exige una pedagogía: uno se dirige a un *staretz* para preguntarle cómo se debe orar. Por eso, el consejo de orar que nos da la Iglesia y el modelo que nos propone para hacerlo tienen por finalidad el hacernos pasar de lo que sólo podría ser una ley, al pleno uso de nuestra libertad. A nosotros nos toca utilizar esa ley como un instrumento transitorio y hacerla nuestra, interiorizándola. Nuestra actitud filial en relación con el Padre, en el Espíritu de Jesús resucitado no siempre es sentida por nuestra psicología. La Iglesia nos recuerda esa actitud filial, nos ayuda a tomar conciencia de ella y nos indica la manera para conformarnos a ella. En la civilización refinada del Japón, lo que se designa como “la ceremonia del té” implica cierto ritual que favorece los intercambios personales, que los somete a un ordenamiento que es a la vez flexible y riguroso; del mismo modo, la aceptación de una forma de oración que no se ha elegido, que se nos da ya creada, nos puede ayudar a ponernos en un clima de serenidad y de paz que favorece el encuentro con Dios. Esto supone y justifica una ascesis.

3. Aceptar la comunión con lo universal

La conciliación de la espontaneidad con la libertad va unida a la del individuo con lo universal. Porque hay una diferencia -que no debemos tratar de disimular- entre una oración subjetiva, como cada uno de nosotros querría formularla, y la expresión objetiva que la Iglesia nos propone y que debe poder aplicarse además a muchos otros. A primera vista, el carácter profundamente personal del encuentro con Dios parece incompatible con esas determinaciones provenientes del exterior: mi corazón no se encuentra en esas fórmulas y quizás no tiene ganas de orar en ese momento y en la forma que esas oraciones me lo recomiendan. Por lo tanto hay oportunidad para un renunciamiento suplementario. Pero esta ascesis es la condición de un nuevo enriquecimiento; es como el reverso de esa gran realidad que es la comunión en la oración, y la gracia prometida a todo lo que se hace “con un solo corazón y una sola alma”, a todo lo que es signo e instrumento de unanimidad: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos”. Para participar en la actividad más elevada de todo el Cuerpo Místico, yo debo -en el sentido evangélico de la expresión-, aceptar perder mi vida: dar y sacrificar algo de lo que ella sería si yo existiera solo en Cristo. Si me mantengo limitado a mi subjetividad orante, mi experiencia puede ser intensamente sentida, pero queda pobre de contenido real. En este punto, debo superar un prejuicio individualista que me es espontáneo; debo superarme, salir de mí mismo, aceptar un desarraigo, arrojarme a lo universal, actuar como “católico” según el significado más fuerte de la palabra.

Para esto, me es preciso aceptar los textos que se me proponen, no porque me son impuestos desde afuera, sino porque yo comprendo y admito libremente que son objetivamente valederos para mí y para otros. Sin embargo, es preciso que no sean tan incompatibles con lo que sentimos que nos resulte imposible hacerlos nuestros; que su contenido no sea tan extraño a mi experiencia que yo no logre entrar en ellos y volcar allí mi oración. Del mismo modo sería peligroso aceptar como norma una oración puramente espontánea que no fuera ni analizada ni elaborada, como también lo sería el recitar fórmulas con las que no tenemos nada en común. Por eso la Iglesia ha previsto esta dificultad y ha remediado esta necesidad mediante un acuerdo entre lo que ella me propone y lo que yo apporto, admitiendo una parte de variedad en la composición de los libros litúrgicos, una variedad de libre elección en su utilización. No impone una oración “hecha” en todos sus detalles. En otros tiempos, en los “Sacramentarios” y en los “Homiliarios”, se encontraba para cada día o cada circunstancia, varias colectas, prefacios y lecciones para poder adoptar una u otra por razón de consideraciones personales o pastorales, y esas recopilaciones estaban en continua evolución: se enriquecían, incesantemente con nuevas piezas. Hoy, el nuevo Misal sigue el mismo procedimiento: deja lugar para una cierta flexibilidad, para una posibilidad de adaptación a la asamblea. El Misal y el Breviario llegan así a convertirse en fuentes de inspiración más bien que formularios fijos que hay que recitar: nos ayudan a encontrar nuestra oración. Son más bien modelos que normas. Dentro de una fe común, de una actitud de oración que, fundamentalmente, es la misma para la Iglesia entera, hay un lugar para un vastísimo pluralismo que concuerda con las necesidades de las personas y de los grupos; hay unidad sin uniformidad. En un primer tiempo, puede suceder que un texto sirva de punto de partida; pero, poco a poco, educa la libertad que aprende a expresarse más espontáneamente, dentro de ciertos límites que ella acepta porque sabe que se los pide la Iglesia. De este modo se ha podido comprobar cómo, en la Eucaristía, la “oración de los fieles”, estereotipada en un principio, en seguida inspiró las formas más variadas.

Todo desarrollo humano comporta en sí mismo una muerte: es preciso salir continuamente de sus propios límites, de los de su medio restringido, si se quiere tener acceso a lo universal creándose relaciones cada vez más vastas. Lo mismo sucede en el dominio de la oración: para encontrar al Otro, y a los otros, es preciso renunciar a bastarse a sí mismo y sacrificar su egoísmo, participando así en el misterio pascual: ser bastante humilde como para consentir en poner un límite a mi yo espontáneo, aceptar que yo entre en un molde que me supera y aceptarlo

como una necesidad, antes que como una obligación, ver en ello una exigencia intrínseca de toda oración que quiere ser católica. Entonces la libertad se reafirma y se plenifica; más allá de la muerte está la resurrección; a costa de una restricción aceptada se entra en una comunión más vasta y hasta ilimitada, infinita como las dimensiones de la caridad de Cristo que el Espíritu Santo no deja de derramar en nuestros corazones.

Cuando los esposos hablan entre sí, no lo hacen por obligación sino por amor; y sin embargo, la atención que cada uno concede al otro exige el olvido de sí mismo en una cierta medida. Por eso, nuestra necesidad de orar corresponde, mucho más que a una inclinación de la sensibilidad religiosa, a la esperanza que está en nosotros y a nuestra tensión hacia el reino. Esto supone que, en ciertos momentos hagamos pasar a un segundo plano otras preocupaciones a fin de ponernos verdaderamente a la escucha de Dios y en diálogo con Él, en un terreno de verdad objetiva -el de la relación que Él ha hecho de sí mismo- que es común a todos los que en ella participan.

Esta comunión universal se realiza en la oración de la Iglesia, sean las que fueren las formas concretas que revista, y quizás sobre todo cuando se la cumple solo. En este caso, si la fe no es sostenida, alimentada por la palabra de Dios tal como la Iglesia la entiende y la propone -la repercute, por así decirlo- se corre el riesgo de escucharse a sí mismo, de hablarse a sí mismo. Si, por el contrario, nos inspiramos en lo que la Iglesia ha preparado para nosotros, estamos más garantizados contra un subjetivismo pobre de contenido y quizás estéril. Antes de que uno pueda expresarse sin ilusión, es preciso acoger una revelación venida de Dios y que nos esclarece sobre nosotros mismos. Sólo entonces nuestra oración puede respetar al mismo tiempo nuestro verdadero yo espiritual y lo que nos es común con el de todos los demás. Se comprende que, sobre todo entre los jóvenes, a muchos de nuestros contemporáneos les guste orar juntos por la misma razón que les gusta vivir y trabajar en equipo. Aceptan la ascesis que implica una oración comunitaria: tiempo destinado a prepararla, respeto a las formas de expresión de otros, a sus intenciones en la intercesión, a su necesidad de silencio. A este precio cada uno aprovecha de la gracia de los demás: el renunciamiento de cada uno permite el enriquecimiento de todos. Y así, cada vez que aceptamos encauzar nuestra oración en el modelo objetivo que nos propone la Iglesia, aún si estamos solos, conciliamos, sin comunidad inmediata, nuestra actitud personal en presencia de Dios con la comunión universal.

4. Aceptar sobreponerse a una diferencia cultural

Por fin existe una ascesis de la oración que hoy es considerada como bastante difícil: es la que consiste en sobreponerse al obstáculo cultural que hay entre nuestros modos de pensar y los que nos propone la liturgia de las Horas: ésta contiene salmos y textos extraídos de la Sagrada Escritura, luego lecturas tomadas de la tradición. Desde que todo esto se realiza en una lengua viva nos damos mucho más cuenta que antes, de que hay aquí una verdadera dificultad. Sería más fácil emplear fórmulas más “actuales”, más próximas a nosotros porque provienen de nosotros. Ahora bien, la Biblia depende de una mentalidad semítica, con la cual tenemos mayor o menor dificultad en concordar, según el tipo de cultura al que pertenecemos. Y si Dios se ha revelado en la Biblia, a través de ella podemos entrar en contacto con él, tratar de captar lo que nos ha dicho de sí mismo y lo que espera de nosotros. Así como la eucaristía se recibe de una comunidad y en una comunidad, así se recibe la palabra de Dios a través de una tradición. Del mismo modo que se celebra el misterio eucarístico según una fórmula que fue ritualizada antes de nosotros -lo cual, como ya vimos no excluye una parte de libre adaptación- así también una oración inspirada en la Sagrada Escritura nos hace entrar en experiencias que no son las nuestras, usar un lenguaje que no es el nuestro. Nos invita constantemente a franquear esa barrera del lenguaje y a salir de nuestras fronteras. Esta ascesis cultural es también exigida, y cada vez más, en otros campos, en primer término, en el de las relaciones sociales: aprendemos a encontrarnos con extranjeros que no piensan ni hablan como nosotros.

Esta dificultad puede superarse con muchos medios y, uno de ellos es el estudio que nos inicia

en el mundo cultural del Antiguo y del Nuevo Testamento. No se puede llegar a exagerar esta importancia. Pero no se hará el esfuerzo necesario si antes no se ha comprendido y aceptado el renunciamiento que esto exige: debo desprenderme de la idea de que mi experiencia, la de mi ambiente o el de mis contemporáneos es la experiencia típica y suficiente. Continuamente debo proyectarme hacia una visión del mundo que supera la mía, y cuanto más difiere de la mía tanto más me enriquece. Debo situarme en una larga historia de la salvación en ese vasto conjunto que es la Iglesia y desde allí conocer mis límites, relativizarme: la ascesis de lo universal es una forma de humildad.

Tomando como punto de partida una profunda adhesión a Jesucristo, un amor de persona a persona con Él, llegar a realizar la unidad en uno mismo, adueñarse del tiempo de que se dispone, disciplinar su espontaneidad para que esté libre a fin de abrirse a las dimensiones universales del Cuerpo místico, aceptar situarnos en la historia del pueblo de Dios, salir del círculo limitado de las preocupaciones del momento y del lugar en que vivimos, luego actualizar nuestra presencia delante de Dios y de nuestros hermanos insertándolos en nuestra oración personal hecha en la de la Iglesia: estos son algunos de los aspectos que puede presentarnos una ascesis de la oración. Desde su origen en el vocabulario cristiano, la palabra ascesis ha indicado un combate; hoy en día, en un congreso que va a realizarse en Estados Unidos sobre *Oración de la Iglesia y oración del corazón*, se anuncia una conferencia sobre *La lucha por la oración en la ciudad secular*¹²⁴. Admiramos esta continuidad.

En el origen de toda esa historia, hubo un criterioso combate que se nos pide continúe en nosotros: “La oración es muy a menudo un combate que Cristo ha librado. Tú rechazas el combate, renuncias a conformar tu voluntad con la de Cristo, no te extrañes entonces de la esterilidad, de la mediocridad de tu vida interior...”¹²⁵.

La oración de consentimiento al designio del Padre, tampoco fue siempre fácil para Jesús. Cuando esta liturgia de las Horas, por medio de la cual la Iglesia nos pide que nos asociemos a su misterio, presente una cierta mortificación para nuestra espontaneidad, todavía egoísta, sepamos que esa puerta estrecha se abre sobre la resurrección a una vida nueva, a una actividad espiritual más libre, más rica de contenido y más universal.

Clervaux
Luxemburgo

¹²⁴ *The Struggle for Prayer in the Secular City*, por el Rev. M. LAWRENCE SNOW, *The Delbarton Conference. Prayer of the Heart*, June 13-18, 1971, según *American Benedictine Review* XXII, 1971, p. 257.

¹²⁵ R. SCHUTZ, *Introduction à la vie communautaire*, Genève 1944, pp. 90-92.